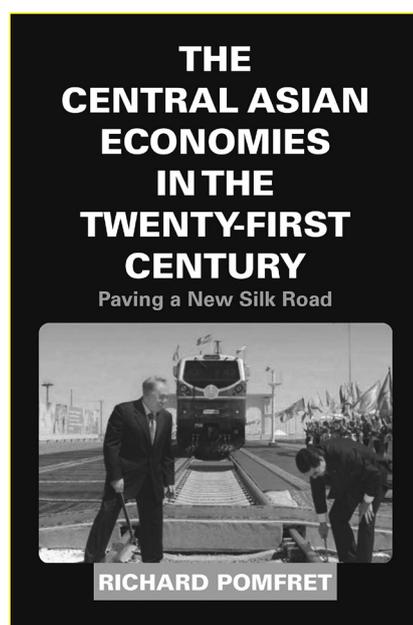


# RESEÑA

## THE CENTRAL ASIAN ECONOMIES IN THE TWENTY-FIRST CENTURY Paving a New Silk Road

**Richard Pomfret**

Princeton University Press, 2019,  
304 pp.



Asia Central, epicentro del famoso «Gran Juego» entre el imperio británico y el ruso en el siglo XIX, vuelve a cobrar protagonismo en las últimas décadas. Se han producido hechos destacados como la caída de la Unión Soviética, todo ello en un contexto económico internacional marcado por las oscilaciones de los precios del petróleo, la interdependencia de las economías en un escenario globalizado y la aparición de los nuevos actores que marcan las reglas del «Nuevo Gran Juego»:

Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea y China.

Desde el punto de vista comercial, los países centroasiáticos, estratégicamente ubicados en medio de la histórica y mágica «Ruta de la Seda», se convierten de nuevo en el puente terrestre que une Oriente y Occidente a través del megaproyecto chino de infraestructuras denominado «la Nueva Ruta de la Seda» con el que el país asiático pretende expandir su imperialismo económico por todo el planeta.

El libro que nos presenta Richard Pomfret, catedrático Jean Monnet de Economía de la Integración Europea en la Universidad de Adelaida, y profesor adjunto en el Centro John Hopkins de Bolonia, tiene como objetivo explicar el papel que juegan los cinco países que conforman Asia Central (Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán) en lo que llevamos de siglo XXI, desde una perspectiva económica.

Para ello, el autor estructura su obra en tres partes bien diferenciadas. En la primera, examina minuciosamente la situación de partida de los cinco países antes del colapso de la URSS en 1991 y los desafíos a los que se enfrentaron tras la independencia. En la segunda sección, se describe detalladamente cómo ha sido el proceso de transición de cada uno de ellos al pasar de economías centralizadas a economías de mercado y su posicionamiento actual, teniendo en cuenta cómo han gestionado sus respectivas fuentes de riqueza y

la existencia o no de conflictos internos. La tercera y última parte explica la realidad centroasiática desde el punto de vista del contexto internacional haciendo hincapié en la mayor o menor adaptación al nuevo escenario euroasiático, perspectivas y oportunidades.

A menudo se considera Asia Central como un bloque, ya que los cinco países que lo conforman comparten área geográfica, cultura y un pasado soviético, pero como deja claro el autor, cada uno ha evolucionado de forma diferente y se enfrentan actualmente a realidades dispares. Esta es una de las claves del libro, ya que consigue que el lector comprenda, a pesar de la complejidad, los retos a los que se enfrenta la región en su conjunto, y a nivel individual cada país.

La década de los noventa comenzó para la región con tres *shocks* de enorme calado: fin de la economía centralizada, disolución de la URSS e hiperinflación. A partir de aquí, la senda económica de cada país ha venido marcada principalmente por la evolución de precios de los recursos energéticos y minerales (Kazajistán, Turkmenistán y Uzbekistán), por las remesas enviadas por los emigrantes (Tayikistán y Kirguistán) y por el cultivo de algodón (Uzbekistán y Tayikistán). Es inevitable en este contexto introducir la «guerra del agua», conflicto que enfrenta históricamente a los dos países «aguas arriba» (Kirguistán y Tayikistán) de los dos ríos (Sir Daria y Amu Daria) que alimentan

el prácticamente aniquilado mar de Aral con los vecinos «aguas abajo» (Turkmenistán, Uzbekistán y Kazajistán). Con el colapso de los precios energéticos del 2014 al 2016, se hizo visible la inestabilidad de las economías de estos países, que se han visto abocados a la diversificación económica y a la búsqueda de socios regionales e internacionales para no perder el tren de la globalización.

Kazajistán, el alumno aventajado de la región, solo eclipsado por Uzbekistán en la década de los noventa, se ha distinguido de sus vecinos del sur por su mejor situación económica, capital humano, mayores ingresos y por consolidar su papel catalizador en las relaciones euroasiáticas. Al autor no le dio tiempo a registrar la abrupta retirada del hasta ahora único presidente que ha conocido el país, Nursultán Nazarbayev. Una salida en la sombra, ya que deja a su hija, Dariga Nazarbayeva, dirigiendo el Senado, y a su sucesor en la presidencia Tokayev al frente de lo que sin duda será la segunda gran etapa de transición del país. Las bases para afrontar este nuevo ciclo y lograr que el país esté entre las 30 economías más prósperas del planeta parecen sólidas, como se refleja en la *Estrategia 2050* publicada en 2012, con el cada vez mayor papel de los *holdings* estatales Samruk-Kazyna y Kazagro, con la adhesión a la OMC en 2015, y con el hecho de ser parte esencial de los ambiciosos planes de infraestructuras que conectan Oriente con Occidente (Western

Europe–Western China y la Nueva Ruta de la Seda, también llamado *One Belt-One Road*).

Uzbekistán, el más poblado y centro neurálgico de Asia Central en la época zarista y soviética, ha sido siempre el rival por excelencia de Kazajistán por ser el epicentro hegemónico de la región. A pesar de su superioridad administrativa, militar y productiva, su proceso de reforma fue especialmente lento pero gradual. El *boom* del algodón y del oro en los noventa junto con el estricto control estatal del sector energético, minero y del algodón, fue definitivo para que Uzbekistán mantuviera una senda de crecimiento más estable que sus vecinos y atrajese gradualmente inversión extranjera. Este supuesto equilibrio se rompió bruscamente a mediados de los noventa con el desplome del precio del algodón y del oro y por la crisis rusa de 1998, traduciéndose en un férreo control cambiario, en el surgimiento de un mercado negro paralelo que distorsionaba fuertemente la economía y, como señala el autor, favorecía la corrupción, ya de por sí extendida en el país. Con el nuevo siglo llegó un cambio de ciclo más positivo, que dio alas a su presidente, Karimov, a impulsar nuevas reformas, con el apoyo del BM, FMI y BERD. Con la muerte de Karimov en noviembre de 2016, se abrió una nueva etapa capitaneada por Mirziyoyev, que tiene en sus manos enterrar definitivamente los oscuros capítulos del pasado, marcados principalmente por la masacre de Andiján en 2005, y posicionar al

país en el lugar de referencia que ha ocupado históricamente.

Turkmenistán, el más cerrado, salvo en lo que se refiere a las exportaciones de gas y algodón, y menos poblado de los cinco, es junto con Uzbekistán el más represivo. Pero, si hay algo que distingue a Turkmenistán de sus vecinos es, como destaca el libro, el egocentrismo y suntuosidad del que fue hasta 2006 su primer presidente, Niyázov, autoproclamado «Turkmenbashi» o líder de los turkmenos, autor del *Ruhnama* o «libro del alma» de obligada lectura en escuelas y universidades, y presidente de por vida. Su sucesor, Berdimujamedov, sin dejar de lado la excentricidad y reelegido periódicamente en elecciones claramente manipuladas, está abriendo poco a poco la economía y tratando de reducir su dependencia con Rusia, como demuestra la participación en proyectos como la línea ferroviaria que comunica al país con Irán y Kazajistán. No obstante, el país, que declaró su «neutralidad» permanente desde la independencia, a pesar de pertenecer a las principales instituciones financieras internacionales, sigue siendo el único que ni siquiera ha negociado su entrada en la OMC y apenas participa como observador en los distintos procesos de integración regional.

Kirguistán, el primero de los cinco en ser miembro de la OMC, el más avanzado democráticamente, el más rápido en llevar a cabo la transición, fue base de las tropas americanas enviadas a Afganistán desde 2001 a 2014, y miembro

desde 2015 de la Unión Económica Euroasiática. Sin embargo, no ha podido despegar económicamente. El aislamiento geográfico, su pobreza energética, los conflictos étnicos y la masiva emigración a Rusia a principios de los noventa no han podido compensar el espíritu de apertura que siempre ha caracterizado al país. La economía se ha sustentado principalmente gracias a las remesas de emigrantes y a la explotación de la mina de oro de Kumtor, una de las más grandes del mundo. El libro analiza en detalle la controvertida y corrupta gestión de la mina, participada en porcentajes cambiantes por la empresa canadiense Cameco, ayudando al lector a entender el derrocamiento de su primer presidente Akáyev por Bakiyev, tras la revolución de los tulipanes de 2005, y la caída de este último en 2010, cuya gestión empobreció más si cabe el país perdiendo incluso el apoyo ruso y dejando al país al borde de la guerra civil. La última década ha sido más estable, con el primer cambio pacífico y democrático entre dos presidentes, Atambáyev y el actual Jeenbekov, ambos prorrusos.

Tayikistán es, con diferencia, el más pobre de la región y uno de los más pobres del mundo. Aislado como Kirguistán, con muchos menos recursos naturales que sus vecinos, es el único cuyo proceso de transición se vio truncado con una cruenta guerra civil durante la década de los noventa de la que tardó en recuperarse. El líder Nabiyev no supo

afrontar la independencia reconociendo las raíces islámicas de la mayoría de la población. Este fue el detonante de la guerra. Su sucesor, Rakhmonov (que pasó a llamarse Rahmon a partir de 2007) ha gobernado el país con mano de hierro con los objetivos de diversificar la paupérrima economía (basada en algodón, aluminio, energía hidroeléctrica y remesas de emigrantes), luchar contra el tráfico de armas y drogas que pasa por la frontera con Afganistán, y seguir reduciendo la tasa de pobreza.

A nivel de relaciones intrarregionales, no existe hasta la fecha una organización de cooperación formada exclusivamente por los *big five* centroasiáticos. El ejemplo más sangrante de esta falta de coordinación ha sido la práctica desaparición del mar de Aral, una de las mayores debacles ecológicas de nuestro tiempo. En términos comerciales, los cinco países son exportadores y han llevado a cabo una política comercial autónoma combinada con multilateralismo no discriminatorio. Es cierto que, a partir de 2010, Rusia recupera parte de la influencia perdida al hacerse realidad la unión aduanera entre Rusia, Bielorrusia y Kazajistán, que pasa a ser Unión Económica Euroasiática en 2015, en la que entran también Armenia y Kirguistán. Por otro lado, a través de la Organización de Cooperación de Shanghái, China, que quiere seguir impulsando sus provincias occidentales dentro de las cadenas de valor

globales, presenta su ambicioso proyecto *One Belt-One Road*, financiada por Asian Infrastructure Investment Bank, y promete devolver a Asia Central el papel estelar que tenía como territorio de enlace entre Oriente y Occidente, es decir, la nueva ruta de la seda. La Unión Europea es el principal socio comercial de la región, mientras que Estados Unidos con la salida de las tropas americanas de Afganistán ha perdido parte de su influencia pero sigue siendo un contrapunto importante a Rusia y China. En este nuevo escenario cambiante, al que habría que añadir Turquía e Irán, los cinco países van jugando estratégicamente sus bazas y consolidando su fortaleza como territorios de conexión (*land-linked*) dejando atrás su imagen de territorios aislados (*land-locked*).

En definitiva, el autor nos ofrece un magnífico libro de consulta, bien estructurado, muy bien documentado y, aunque a veces un poco repetitivo, de lectura fácil. La visión de Asia Central que se ofrece al lector es muy completa y enriquecedora, si bien se puede echar en falta el análisis de la reislamización de Asia Central, cuyo alcance e implicaciones son difíciles de determinar a corto plazo, pero que suponen una variable más a analizar en el ya de por sí intrincado escenario centroasiático que tan bien describe Richard Pomfret.

**Cristina Santamaría García**  
Técnico Comercial  
y Economista del Estado